

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo IX



A doce millas al oeste de las ruinas humeantes de la abadía de Gardiens, una figura solitaria Caminaba con paso firme bajo los últimos rayos de la luna matutina. Encorvado y cargado hasta los topes con los regalos, tanto ilegítimos como divinos, de la cocina de la abadía, el fraile Nicolás llevaba una túnica monástica abultada, colgada al hombro y repleta de provisiones.

Nicholas ascendió con dificultad por la cresta de una loma rocosa y se apoyó en la rodilla; su respiración agitada se empañaba con el frío aire nocturno. Allí, a lo lejos, al otro lado de la vasta extensión de un antiguo lecho de río seco, se alzaba la entrada de la cueva que había descubierto hacía muchos años: la Boca de la Montaña, como la llamaba. Bajó la loma con cuidado, atravesó un inmenso valle de piedras y entró en el enorme agujero negro.

Una voz resonante provino del interior de la cueva: "¿Fray?". Una risa jovial de un muchacho escapó de la oscuridad. "¡Sabía que vendrías! ¡Lo sabía!".

Nicolás respondió, adentrándose más en la oscuridad : "Lázaro; soy yo...".

Y antes de que el monje pudiera presentarse, Lázaro pasó a toda velocidad junto a una esquina pedregosa y chocó bruscamente con él. Tanto el monje como el escudero cayeron al suelo.

esparcidos mientras una rueda de queso se tambaleaba por el suelo de la cueva.

—¡Dios mío! ¡Lázaro! —resopló Nicolás—. ¡Me has asustado ! ¡Oh, no! El monje se arrastró por el suelo, tanteando en la oscuridad mientras rebuscaba en el saco improvisado. Dentro, encontró el frasco de sangre intacto y sellado. Soltó un profundo suspiro de alivio. —Gracias a Dios —murmuró, besando la botella y devolviéndola con cuidado entre sus pertenencias.

—¿Fray Nicolás? Perdóname, fraile. —Lázaro se puso de pie y trajo la rueda de queso mientras preguntaba: —¿Dónde está el fraile Odino?

“En un momento, ayúdame a reunir los suministros. Busca a tientas.”

Lázaro deslizó el queso dentro del saco, con cuidado de no dañar la botella que contenía, y un aroma agradable se desprendió de la tela. —Yo los recogeré, fraile —respondió Lázaro, con un tono de voz que cambió, ahora parecía apagado y pesado.

Nicolás reflexionó en voz alta: «Si no me equivoco, hay una arboleda al otro lado de esta montaña». El monje se puso de pie de repente y se acarició la barbilla en aparente contemplación. —Primero, fuego; necesitamos fuego. —Nicolás caminó hacia la entrada de la cueva. Lázaro era una estatua, mirando con recelo el saco, como si algo terrible pudiera estar mal con ello.

“Lázaro, ven conmigo.”

—Sí, fraile. —Lázaro apartó la mirada y siguió a Nicolás fuera de la Boca de la Montaña , junto a su cara menos profunda iluminada por la luna.

“Hasta mis huesos están congelados; para una vestimenta tan modesta como la nuestra, esta niebla del bosque es implacable.” Nicholas se frotó las manos enérgicamente y dio una vuelta, añadiendo:

“Traje una pequeña lámpara de aceite con aceite, una mecha de cuerda y un yesquero con pedernales también. Ahora, ¿Recoger leña muerta y ahuyentar este persistente frío húmedo?

“Sí, fraile.”

Finalmente, en lo profundo de la cueva, Lázaro y Nicolás estaban sentados sobre dos rocas bajas con un fuego crepitante entre ellas. Su resplandor anaranjado disipaba el frío a la vez que revelaba las dimensiones subterráneas sumamente irregulares de la caverna. «Fuego, por fin», Nicholas adoró las llamas que ascendían, calentándose las manos. Miró el montón de Colocó combustible a su lado y, con atención, seleccionó varios palos para añadirlos al fuego.

Lázaro miró a través del fuego, inspeccionando las botas de Nicholas, finamente elaboradas y que le llegaban hasta la pantorrilla.

“¿Dónde están tus sandalias, fraile?”

Nicholas soltó una risita. “Se fue. ¿Te gustan mis botas?” Nicholas las hizo girar de un lado a otro a la luz del fuego.

—Sí —respondió Lázaro.

Las hice yo mismo. Apuesto a que no sabías que una vez fui zapatero, ¿verdad?

—No, fraile.

“Por favor, llámame solo Nicolás, Lázaro.”

El chico asintió. "¿Sabes hacer zapatos, Nicholas?"

—En efecto, y las mejores, de hecho. Este es el último par que hice antes de venir a la Abadía. Nicholas examinó sus botas. —¿Te gustaría que te contara sobre mis tiempos de zapatero?

—Lo haría —respondió Lázaro, bajando la mirada hacia sus propios guantes sucios.

—Entonces debería contártelo. Nicholas se movió sobre la roca y se inclinó hacia las llamas, con los brazos sobre las rodillas. —Cuando era mucho más joven, vivía con mi padre y mi hermano mayor en Efraín, un pequeño y pintoresco pueblo en los confines meridionales de Borgoña. Mi padre era el zapatero del pueblo; aprendió de mi abuelo. Todos trabajábamos en el taller, haciendo y remendando zapatos. Era la esperanza de mi padre que mi hermano y yo pudiéramos continuar el comercio.”

“Pero llegó un momento en que mi padre enfermó y ya no pudo hacerse cargo de la tienda. Así que dependió de nosotros para que la mantuviéramos abierta. Fue horrible; casi todo el trabajo recayó sobre mí.”

Lázaro preguntó: "¿Tu hermano no quería hacerlos?"

Nicholas negó con la cabeza: «Oh, sí que lo deseaba; con todo su corazón quería seguir los pasos de su padre. Y tenía muchas ganas de aprender. Pero Dios nunca quiso que fuera zapatero; lo intentaba una y otra vez, nunca lo conseguía. Y casi siempre tenía que seguirle y arreglar los zapatos que él intentaba reparar. Esto duró muchísimo tiempo; y la mayoría de los días trabajaba hasta bien entrada la noche».

—¿Se lo dijiste a tu padre? —preguntó Lázaro.

—No —dijo Nicholas, aclarando su garganta—. Mi padre se estaba muriendo, mi hermano y yo éramos como lobos peleando y la tienda estaba en quiebra. Con su estado tan delicado, no me atrevía a molestarlo.

Lázaro notó las lágrimas que se acumulaban tras la sonrisa forzada de Nicolás. «A menudo me he preguntado por qué hice lo que hice. Verás, como todas las mañanas, iba a la tienda; sin embargo, en mi último viaje, en lugar de entrar, pasé de largo y simplemente seguí caminando, alejándome de la tienda, saliendo del pueblo y, finalmente, de Borgoña».

Nicholas bajó la mirada y dijo: "Lo dejé todo atrás, excepto estas botas".

“Estuve un tiempo yendo de un lado a otro, trabajando en varias zapaterías para ganarme la vida. Sin embargo, poco después, el Señor tocó mi corazón en un sueño; conmovió mi alma. Me llamó

Sobre mí, me condujo a la Abadía de los Guardianes para buscar una vida solitaria a su servicio. Y, de una manera extraña, sentí más libertad dentro de los muros de esa abadía que fuera de ellos. Nicholas negó con la cabeza, esbozando una sonrisa peculiar. "Extraño."

—¿Y qué hay de tu familia? —preguntó Lázaro.

"Bueno, poco después de llegar, le escribí a mi hermano. No esperaba que me respondiera, pero lo hizo; me contó que nuestro padre había fallecido poco después de mi partida. Después, también me enteré de que mi hermano había vendido la tienda para saldar deudas y... bueno, me pidió que no volviera a escribirle nunca más." Me culpa de la muerte de nuestro padre, de todo.

Nicholas se inclinó y avivó el fuego. —Odino me lo contó todo, Lázaro. Sé por qué llevas la capucha. La cabeza de Lázaro se echó hacia atrás de inmediato; y más allá de los agujeros sin vida de la capucha, que brillaban con la luz del fuego en el ángulo perfecto, Nicholas divisó un par de ojos azules profundos y penetrantes que lo miraban fijamente.

—No te preocupes por mí, Lázaro. Al igual que con Odino y con tu padre, tu secreto está a salvo conmigo. —Lázaro volvió a las llamas sin decir nada.

"Puedes hablarme con franqueza, Lázaro. Considérame más un amigo que un fraile." Nicholas echó un palo al fuego y se recostó sobre la roca.

«Tanto tu padre como Odino me dijeron que te habían abandonado en las puertas de la abadía de Gardiens poco antes de mi llegada. Y que padecías una enfermedad respiratoria que te obligaba a permanecer en las catacumbas. Nada de eso era cierto, ¿verdad?»

Finalmente, Lázaro confesó: "No. Pero mi padre me prohibió decir la verdad. Dijo que Los otros frailes podrían matarme si les contara la verdad sobre mí.

"Tu enfermedad nunca fue causada por el aire libre, como él afirmaba, sino secretamente por la luz del sol. Tienes una grave enfermedad relacionada con el sol, ¿verdad?"

"Sí."

"Y el médico que Iván llamó a la Abadía de Gardiens para registrar su enfermedad para ¿El abad?"

"Nunca vi a un médico. Quizás mi padre hizo los arreglos necesarios para que alguien se presentara..."

"Ahora lo entiendo. Lázaro, tu padre decía la verdad; sin duda te habrían matado."

Ahora, al recordarlo, lo veo con claridad. Tu padre te quería muchísimo, Lázaro.

"Sí, lo hizo; porque yo lo amo."

"¿Dónde te tuvo tu padre escondido desde tu nacimiento?"

"Me encontró en la catedral y me escondió en las catacumbas, en la cripta de Bastón."

"¿En la mismísima abadía?! ¿Cómo pudo evitar que alguien te descubriera?"

“Insistió en que guardara silencio y que mantuviera la puerta de la cripta cerrada con llave. Así que lo hice.”

“¿Qué dijo?! ¿Sabías hablar desde que naciste?”

“No. Mi padre me enseñó rápidamente.”

“Y tal vez aprendiste rápido. Dime, ¿cuánto tiempo estuviste escondido en la cripta?”

“Tal vez un año. Entonces mi padre me cosió una máscara y una túnica y fingió encontrarme abandonado fuera de la puerta norte de la abadía ; y yo fingí estar enfermo”. Nicholas avivó el fuego mientras se acariciaba la barbilla, reflexionando sobre todo lo que Lázaro le había contado.

“No te pareces al resto de esos... eh, quiero decir... por tu aspecto, tu estatura se asemeja a la de un simple muchacho, más que a la de una bestia. Si me permites preguntar, ¿cuántos años tienes, Lázaro? ¿De verdad tienes trece años?”

“Solo he envejecido siete años.”

Nicholas negó con la cabeza, con una leve sonrisa asomando en la comisura de sus labios: «Asombroso. Quizás la diferencia entre la edad que mencionas y la que realmente tienes pretendía ocultar también tu inusual estatura. Qué astuto era tu padre. Ahora sé que tu espalda no está realmente encorvada , como podrían haber sugerido las afirmaciones en la abadía». Son alas plegadas y ocultas, ¿verdad?

Lázaro se puso de pie de repente. —No deseo decir nada más, Nicolás.

Nicolás lo tranquilizó: «Perdóname. No, siéntate. No voy a hablar más de tu estado. Siéntate, hijo mío». Lázaro se sentó.

Debo decir que siempre te he admirado, Lázaro. Nunca fuiste como los demás escuderos , que cuestionaban su fe y su deber como la mayoría solía hacer, y se peleaban por nimiedades. Siempre fuiste sereno, conocías tus deberes y pensabas bien tus palabras antes de pronunciarlas.

Lázaro volvió la cabeza hacia el saco de provisiones que yacía en el suelo de la cueva. «El fraile Odino dijo que vendría por mí, pero vienes tú en su lugar. ¿Por qué trajiste su sangre en un frasco?».

“¿Cómo lo supiste?”

“Lo huelo ; es verdaderamente Odino. ¿Por qué ha derramado su sangre? ¿Por qué la tienes ahora tú?”

Nicolás se removió inquieto, sus ojos iban de un lado a otro entre el saco y Lázaro. Respiró hondo y se enderezó sobre la roca. «Hay algo que debo decirte, Lázaro».

—¿Fray Odino ha muerto? —preguntó Lázaro.

“Sí, lo es, Lázaro.”

Lázaro se atragantó. "¿Pero cómo?"

“Ese capitán, el mismo hombre que mató a tu padre.”

“¿Por qué los mató?”

“Porque Iván y Odino te protegieron.”

Un silencio se apoderó de la cueva, ambos mirando fijamente las llamas. Lázaro habló: “Entonces yo Deberían matar a este capitán a su vez.

“No, Lázaro. No matarás.”

“¡Ojo por ojo!”, escupió Lázaro.

“No lo dices en serio, ¿verdad?”

Lázaro bajó los hombros. “No, aún lo siento.”

“Yo siento lo mismo; Odino fue como un padre para mí. Y por eso estoy aquí ahora.

Hay algo muy importante que debes hacer.”

“¿Hacer lo?”

Nicholas se levantó, se acercó al saco y lo rebuscó. “¿Sabes leer un mapa?”

“Sí. Mi padre me lo enseñó.”

“¿Mapas de las catacumbas?”

“He visto los mapas en el scriptorium. Todavía los recuerdo.”

Nicholas sacó un pergamino doblado del saco.

“¿Y qué mapas en particular recuerda haber visto?”

“Todos.”

“No, ¿cuántos ha traído tu padre para que los veas?”

“Una vez le pedí al padre un mapa nuevo y me dijo que ya me había enseñado todos los mapas del scriptorium.”

Nicolás se puso de pie, rascándose la cabeza. —¿Todos ? Debe haber cientos de mapas en el escritorio. Todos , ¡por Dios! Nicolás miró el suelo de la cueva, se acarició la barbilla de nuevo y preguntó: —Dime, Lázaro; entre tantos mapas de la abadía, ¿recuerdas algún país llamado Italia?

Lázaro señaló hacia el sureste. «Está allí, en esa dirección, al otro lado del golfo de León y el mar Tirreno; al este de la isla de Cerdeña. Italia tiene la forma de tu bota. Es Rodeada mayormente por mares, la región se extiende hacia el centro, atravesada por montañas. Umbría Provenza se encuentra también en su centro. Allí, justo al norte, se halla el Monasterio de Canello .

Nicolás arqueó una ceja, completamente abrumado. Luego puso a prueba aún más a Lázaro.

demonstró habilidad, en un astuto intento de desorientar y tal vez poner en duda sus propios recuerdos geográficos; "¿Y qué hay del Reino de Escocia?"

Lázaro señaló en dirección noroeste, en dirección opuesta. «Es por ahí, cruzando un pequeño tramo de agua, al norte de tierras inglesas».

“¿Y dónde está mi hogar, Lázaro?”

—El pueblo de Efraín está al sur de Borgoña —dijo Lázaro, señalando un poco hacia el este.

“Es así.”

“¿Y Murat?”

“Por ahí.”

Nicholas negó con la cabeza. «Absolutamente asombroso». Asintió. «El Señor te ha bendecido con un don extraordinario».

—¿Por qué me preguntas sobre esos lugares? —le preguntó Lázaro.

Nicolás respiró hondo, volvió a su roca y le entregó a Lázaro el pergamino doblado. Lázaro lo abrió y lo examinó. La página mostraba una ilustración de Francia, Italia y los países y mares que las rodeaban. «Recuerdo este mismo mapa».

“Supongo que sí, ya que proviene del mismo scriptorium de la abadía. Escúchame, Lázaro.”

Vine no solo para traeros provisiones, sino también para cumplir la última voluntad del fraile Odino.

Él desea que vayas a Italia, al Monasterio del Canello en Umbría, y ya has demostrado que conoces su paradero. Allí, debes llamar al fraile Salvitino, un monje anciano muy versado en detalles sobre el Gatesone.

Lázaro recordó su conversación con Iván, así como la carta y el favor que le debía.

“Debes decirle...”

“¿Ir a Italia?!” interrumpió Lázaro.

“Déjame hablar, Lázaro. Debes decirle que la Piedra de la Puerta de la Abadía de Gardiens se ha abierto. Dile que eres hijo del fraile Iván Gogu, de la Piedra de la Puerta. Te reconocerá por esa referencia. Además, traje un frasco de sangre. Debes dárselo a Salvitino y dile : «Es la sangre del fraile Odino. Entonces sabrá qué hacer con ella».

—No. No, no puedo —balbuceó Lázaro, sacudiendo la cabeza.

Nicolás continuó: “Debes ir a buscar al fraile Salvitino, contarle estas cosas y traerlo de vuelta a la abadía. El fraile Odino dijo que él es el fraile más anciano y de mayor rango de la Concejal inferior, y quizás el único monje superviviente en la Abadía de Gardiens y el Monasterio de Canello que posee el conocimiento para descifrar las inscripciones traducidas de la Piedra de la Puerta y cerrarla correctamente de nuevo. Asimismo, puede ayudarlo con otro asunto personal. Una vez que le entregues el frasco, ten en cuenta los deseos de tu difunto padre. Debes tener cuidado de no romperlo por el camino. Tu padre estaría orgulloso.

Lázaro se levantó bruscamente, arrojó el mapa al suelo de la cueva, se apartó del fuego y se volvió hacia Nicolás. «Está demasiado lejos. Padre dijo que el sol... ¿Por qué no vas a buscar a este fraile y le traes el frasco, ya que sabes estas cosas?».

“No puedo. Una señora me espera.”

“¿Una dama?”

«En la espera, incluso, mi futura esposa, Marta. Ven. Siéntate, Lázaro. Por favor. Te hablaré de mi queridísima Marta.»

“Pero tú eres un... ¿no tienes votos de celibato y abstinencia que cumplir?” Lázaro regresó al fuego y se sentó.

Nicolás desestimó la pregunta de Lázaro. «Vive en Murat; es la viuda del difunto zapatero del pueblo, que en paz descansa. ¿Te gustaría saber de ella?»

—Lo haría —suspiró Lázaro.

“Conocí a Martha en el percance más extraño.” Nicholas intentó reírse antes de continuar, “Bueno, no del todo. Siempre me sentía atraído por las zapaterías locales cuando el abad Vonig me enviaba a una nueva iglesia de pueblo; ya sabes, el zapatero que llevo dentro.”

Hace aproximadamente un año, el abad me envió a Murat para ayudar a supervisar las reparaciones de la iglesia local. Como era de esperar, mi curiosidad por el zapatero se despertó y me dirigí a la zapatería del barrio. Por desgracia, apenas abrí la puerta, una bota lanzada me golpeó en la cara. El tacón de ese zapato fue lo último que recuerdo, hasta que desperté.

Cuando recuperé el conocimiento, mis ojos se posaron en una visión bellísima. —Rió entre dientes y se acarició la barbilla—. Creí que estaba muerto, pues sobre mí se cernía el rostro de un ángel: era mi querida Martha, limpiándome la nariz hinchada con un paño húmedo. Me acariciaba el rostro mientras hablábamos .

Más tarde descubrí que tenía la intención de lanzar la bota contra la puerta, pero mi cara se interpuso . Tras la muerte de su marido, luchó por mantener la tienda a flote. Les decía a sus clientes que otro hombre venía por la noche a reparar los zapatos, cuando en realidad los reparaba ella misma. Sin embargo, el rumor se extendió por las congregaciones religiosas del pueblo y varias mujeres vigilaban en secreto a que apareciera ese hombre. Me enteré de que, poco antes de mi llegada a su tienda, varias mujeres se habían marchado acusándola de ser la verdadera zapatera y diciéndole que les contarían a todos sus clientes que una mujer les reparaba los zapatos.

Al día siguiente, las esposas hicieron que sus maridos trajeran zapatos que necesitaban reparación. Luego la vigilaron de cerca. Las mujeres pueden ser así , incluso rencorosas, si son muy tercas.

En fin, mi instinto de zapatero me impulsó a rescatarla. Le dije que abriera la puerta de par en par y me puse a trabajar mientras ella salía. Hice mucho ruido: golpes, aporreo y demás.

Nicholas se rió. «Deberías haber visto sus caras. La tienda llena de mujeres curiosas, con la boca abierta. Fingí no notarlas mientras arreglaba un zapato tras otro; supuse que había perdido práctica, pero me movía como un corcel, haciendo cada remiendo a la perfección. Una de ellas tuvo la osadía de preguntarme si siempre había arreglado los zapatos de Martha. "Claro que sí, mujer", le dije. "¿O acaso creías que los zapatos se arreglaban solos?". No se atrevería a cuestionar a un monje más». Volvió a reír. "Martha les preguntó si tenían más zapatos para su 'sacerdote zapatero'. ¡Ay, la cara que pusieron al salir de la tienda! Les di la espalda para disimular la risa."

—No darás falso testimonio, Nicolás —interrumpió Lázaro.

La sonrisa desapareció del rostro de Nicholas. "Bueno, no iba a quedarme de brazos cruzados mientras Martha caía a los lobos. A veces debemos sopesar cuándo una verdad destruye más de lo que una mentira puede arreglar. Sí, mentí, Lázaro. Fue, debo confesar, la mentira más dulce que jamás me vi obligado a decir.

"¿Cómo es eso?"

Martha y yo nos hicimos muy amigas el año pasado. La ayudé en la tienda. Me ha prometido matrimonio. Venderá la tienda y ha accedido a regresar conmigo a mi pueblo natal en Borgoña. Por fin vuelvo a casa. Espero reconciliarme con mi hermano y proponerle que los tres abramos una zapatería ; tal vez incluso compremos la antigua tienda de mi padre, si podemos.

"Entonces, habrás roto tus votos sacerdotales, ¿verdad?"

«No, Lázaro. Habré reparado mi daño al ordenarme sacerdote. El Señor nunca quiso que permaneciera como monje. Ahora lo entiendo. Me ha dicho que deje de esconderme, que abandone los muros de la abadía, que vuelva a casa y enmiende mis errores del pasado.»

—No lo entiendo —respondió Lázaro.

"El Señor a menudo obra de maneras peculiares, Lázaro. Ni siquiera yo entendí su llamado." hasta que Martha me golpeó con esa bota. Y desde entonces Él me ha abierto los ojos a mi verdadera vocación. Nicholas bajó la cabeza: "Ojalá mi padre siguiera vivo para darme la bienvenida a mi regreso". Él adoraría a Martha.

«¿Quizás crees que el Señor te guía ahora solo porque amas a Marta, y que lo deseas con tanta fuerza que tal vez crees que es la voluntad de Dios la que te guía? ¿Por qué habría de alejarte el Señor, para que seas fraile solo para luego traerte de vuelta a casa?»

“Tal vez para encontrarme a mí mismo, Lázaro. Yo también me lo he preguntado muchas veces, pero lo oí hablarme ; en mi corazón sé que me guía.”

“¿Y a ti también te dijo que mintieras a las mujeres de Murat, fraile?”

Nicolás frunció el ceño. —No. —Cambió de postura, cada vez más frustrado—. Dime, Lázaro, ¿crees que intentas obedecer la voluntad de Dios?
"Sí."

“¿Y estabas obedeciendo Su voluntad cuando mentiste a la Abadía, fingiendo tener una enfermedad respiratoria?”

“Hice lo que me dijeron.” Lázaro bajó la cabeza.

“Respetaba profundamente a tu padre, Lázaro. No cuestiono su criterio en lo que a ti respecta, pero debo preguntarte esto: ¿Por qué crees que mintió a todos sobre ti?”

“Para protegerme del peligro. Él es mi padre.”

“Mentí para proteger a Martha de cualquier daño.”

“Sin embargo, no habrían matado a Martha si hubieran sabido la verdad sobre ella.”

¿Acaso una mentira no sigue siendo una mentira? En esas circunstancias, hice lo que creí correcto, y el acto, por muy incorrecto que pareciera, fue por el bien común. Todavía tienes mucho que aprender, Lázaro.

—Tal vez —respondió Lázaro secamente. Contempló las llamas danzantes, recordando su conversación anterior con un prisionero que juró por la Verdad y que solo se identificó como «un pobre hombre en Cristo». Pensó que, a estas alturas, aquel hombre ya había confesado toda su verdad y había sido «quemado hasta los huesos» por ello.

“¿Y qué es esta Piedra Puerta, Lázaro?”

"¿Usted no sabe?"

“Nunca fui fraile del Concilio Inferior ni tuve acceso a sus manuscritos; simplemente era un fraile común y corriente, como la mayoría en la abadía.”

“Es una puerta, pero de un tipo diferente. No deberíamos hablar de ella.”

“¿Al infierno, quieres decir?”

"Sí."

“He oído esos rumores, al igual que muchos otros.”

Lázaro se removió. Las constantes preguntas de Nicolás lo inquietaron. Como frailes veteranos del Consejo Inferior, ni Iván ni Odino habrían prohibido rotundamente que hablara informalmente de asuntos tan reservados para los susurros íntimos de los frailes mayores. Ante el interrogatorio, que parecía implacable, las sospechas de Lázaro hacia el fraile aumentaron.

Nicholas continuó: “Y qué más hay de esto: se dice que una mujer espectro ronda Los terrenos de la abadía, colándose en sueños. ¿Viene de aquí, de Gatestone?”

“Ella es, bueno... eh... Nicholas, no les digas a los soldados que me escondo en Mountain Mouth, ¿vale? ¿tú?”

“No te preocupes, Lázaro. No tengo intención de volver a la abadía ; está completamente destruida por el fuego y el derrumbe.”

Lázaro intervino: «Debes decirle a alguien que vaya a buscar al fraile Salvitino para que cierre la puerta. ¿No hay nadie en la abadía?»

Nicholas negó con la cabeza. «Jamás volveré a poner un pie dentro de los muros calcinados de la Abadía. Sabiendo lo que sé ahora, no tengo nada que ver con el Infierno, ni con la Puerta del Infierno, ni con una legión de soldados despiadados de los que apenas logré escapar. No, iré a ver a Murat a buscar a Martha. Y dejaremos este lugar infame muy atrás».

“¿Cómo no preocuparse si la Piedra de la Puerta está abierta?”

“Sí me importa. El hecho de que me importe es una gran parte de la razón por la que le di mi palabra a Odino de que iría a la cueva y le entregaría sus provisiones. Y como hombre de palabra, llevé Cumplió su deseo y te contó todo lo que quería que supieras, bueno, casi todo. Hay más. Fray Odino me hizo jurar que te pediría tu palabra. que traigas al fraile Salvitino y lo traigas de vuelta a la puerta abierta de la abadía para que intente sellarla una vez más.”

“¿Mi palabra?” Lázaro se apartó de la roca y se puso de pie. “¡No puedo dar mi palabra sobre eso!”
¡No puedo hacerlo!

«Odino dijo que esperaba que respondieras como lo haría tu padre. Esas fueron las últimas palabras que me susurró, Lázaro: que serías como tu padre y mucho más.»
“Es demasiado.”

—Lo entiendo —dijo Nicholas, bajando la cabeza y mirando fijamente las llamas. Lázaro se quedó paralizado.

—¿Entender qué? —preguntó finalmente Lázaro.

“Yo tampoco podría hacerlo, aunque Odino me lo pidiera, con Martha y todo.”

“¿Eso es todo? ¿Y la Piedra del Portal sigue abierta?”, preguntó Lázaro encogiéndose de hombros.

“Hice todo lo que Odino esperaba de mí. El resto lo espera de ti. Y como ya has tomado tu decisión, lamentablemente, entiendo que la Piedra del Portal permanece así.”

“Pero sabes que no puedo, Nicolás. No puedo caminar en la luz. No puedo caminar hasta Italia; está demasiado lejos. El fraile Odino me pregunta qué no puedo hacer. ¡Es demasiado, fraile!”

Nicolás alzó la cabeza y miró fijamente a Lázaro: «Nunca tuvo la intención de que caminaras hasta Italia». Un silencio se apoderó de la cueva.

Finalmente, Lázaro habló: "No puedo hacer lo que estéis dispuestos a hacer".

—¿Lo has intentado alguna vez? —Lázaro no dijo nada. Nicolás tomó una rama fresca del montón de leña y la introdujo en el centro del fuego, girándola con cuidado hasta que ardió con fuerza—. Quizás pueda convencerte de lo contrario. Nicolás levantó la antorcha encendida y se puso de pie. —Ven. —Se dio la vuelta y se adentró en la cueva, hacia una estrecha abertura de una gruta. Lázaro lo siguió.

“¿Sabes? Descubrí esta cueva poco después de llegar a la abadía.”

“Boca de Montaña”, añadió Lázaro.

“¿Tú también lo viste ? ¿La cara en las rocas?”

“Sí. Sin embargo, Nicholas, ¿por qué viajabas tan lejos de la Abadía?”

“Reflexionar; considerar las cosas. Buscándome a mí mismo, supongo. Me gusta caminar y maravillarme con las cosas.”

“¿Y te encontraste a ti mismo?”, le preguntó Lázaro. Nicolás notó el sarcasmo en su voz. palabras.

—Encontré la Boca de la Montaña —rió Nicolás. Entraron por el pasaje de la gruta. Nicolás se agachó mientras seguía avanzando con la antorcha, y Lázaro lo seguía, siempre atento al bajo techo de roca que los separaba.

“¿Adónde vamos?”

“Adelante. Ven.”

—Eso ya lo había deducido —gruñó Lázaro. Nicolás se rió entre dientes. Los dos se arrastraron. Atravesaron el pasaje. Sus paredes finalmente se derrumbaron, revelando una vasta caverna, cuyo aire húmedo estaba impregnado de un olor penetrante. Con un círculo de luz que iluminaba el suelo a su alrededor, caminaron hacia el centro. —¿Qué es este olor? —preguntó Lázaro—. Hay algo aquí dentro. Lázaro escudriñó la oscuridad.

“Sí, tus profesores. Ellos pueden enseñarte a volar, Lázaro.” Nicholas se detuvo y se dio la vuelta.

“¿Quién? ¿Cómo?”

—La mejor manera. Nicholas apuntó la antorcha hacia arriba, revelando un alto techo cavernario completamente lleno de murciélagos de herradura mayores. Lázaro se quedó boquiabierto, contemplando las formaciones superiores de la cueva mientras diez mil brillantes ojos negros lo observaban fijamente.

—¿Ratas? —preguntó Lázaro. Varios murciélagos cayeron del techo y sobrevolaron la cueva.

“¡Miren!”, exclamó Lázaro señalándolos, “¡Están volando!”

“Sí, lo son. Son murciélagos. Y los murciélagos vuelan. Abandonan la cueva al atardecer. Comen y regresan antes del amanecer. Ahora descansan. Siempre me han fascinado los murciélagos.”

—Murciélagos... como pájaros —murmuró Lázaro para sí mismo, hipnotizado y mirando al techo.

“Los murciélagos son diferentes a las aves. Los murciélagos vuelan de noche, cuando las aves descansan. Y durante el día, los murciélagos Descansan cuando los pájaros vuelan. Con la salida y la puesta del sol, se turnan para dominar los cielos.

Nicholas se rió. —Yo fui quien lo encontró. Recordé que Odino me había dicho que querías ver un pájaro, así que se lo traje. Nicholas se quedó mirando al techo.

“¿Ya estaba muerto?”

“Sí, estaba entre unas rocas a lo largo del Camino de Abbey. Caminé mucho por ese camino y encontré muchas cosas.”

—¿Me prestas la antorcha? —preguntó Lázaro. Nicolás bajó la mirada y vio a Lázaro con la mano extendida.

—Puedo sostenerlo más alto para ti, Lázaro. Nicolás lo levantó todo lo que pudo para iluminar mejor el techo.

—¿Puedo sostener la antorcha? —preguntó Lázaro de nuevo. Nicolás bajó la mirada.

—Si quieres —dijo Nicolás, entregándole el bastón ardiente. Lázaro lo alzó en alto y recorrió la gruta, inspeccionando el techo, mientras Nicolás permanecía inmóvil.

“¿Y solo vuelan de noche?”, le gritó Lázaro, sus palabras resonando por todo el lugar. caverna.

—Solo entonces —respondió Nicolás.

Al cabo de un rato, Lázaro y Nicolás regresaron al exterior de la cueva y avivaron el fuego.

“Te lo pregunto de nuevo, Lázaro, por Odino, ¿me lo harás?”

—No soy un murciélago —respondió Lázaro.

—Y Odino jamás se lo pediría a un murciélago —respondió Nicolás.

“¿Y si digo que lo haré, y luego no puedo cumplirlo?”

“Cuando le conté a Odino sobre Martha y mis planes de abandonar la abadía, me dijo esto: ‘Es mejor haberse comprometido y haber fracasado que haber fracasado por falta de compromiso’. Verás, Lázaro, el honor se basa en los hechos, no solo en las palabras. Lo que te pidió es que, como mucho, dieras tu palabra de que lo intentarías. Respóndeme una vez más y no te molestaré de nuevo con la última petición del fraile Odino.

“Italia está tan lejos ... ¿y el sol?” Lázaro echó un vistazo a la entrada de la gruta.

“¿Tu respuesta, Lázaro?” Siguió el silencio.

Lázaro respondió: «Yo... sí». Desde el suelo de la cueva, junto a su guante, Lázaro recogió el mapa y lo examinó: «Prometo ... simplemente que intentaré encontrar al fraile... solo eso».

Nicholas sonrió y le dio una palmadita en el hombro al chico. “Y no se te pide nada más que... Tu honorable intento. Iván estaría orgulloso de ti. Lázaro sollozó; solo entonces Nicolás se dio cuenta de que Lázaro lloraba bajo su máscara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicolás.

—No es nada, fraile; yo lo haré —dijo Lázaro, recomponiéndose—. Iré a buscar al fraile Salvitino . para que pudiera ayudarnos con Gatesone.”

—Bien dicho. Eres igual que tu padre, y mucho más —dijo el chico, secándose las lágrimas con la máscara—. ¿Tienes hambre? Hay de sobra.

—Sí —admitió Lázaro. Nicolás se dirigió al saco improvisado y sacó rollos de tela con carne y pan. Tomó una cantimplora y sirvió la cena en el regazo de Lázaro antes de volver a sentarse.

—¿No vas a comer? —preguntó Lázaro, mirando fijamente las manos y el regazo vacíos del fraile.

—Estas provisiones son tuyas; calculo que alcanzan para un mes de manutención para un niño, si te esfuerzas por hacer que te duren. —Lázaro lo miró fijamente—. ¡Pues adelante! ¡Come! —El niño devoró su comida.

Lázaro cenó mientras Nicolás lo entretenía con más conversación, y el tiempo transcurría.

Finalmente, Lázaro terminó de comer y volvió a tapar la cantimplora . Nicolás la llevó de vuelta al saco.

“Come con moderación y bebe mucha agua con las comidas; así llenas el estómago”, dijo Nicholas. dio instrucciones, diciendo por encima del hombro.

Lázaro lo siguió. "Lo haré."

«Bien, Lázaro, ha llegado el momento de irme con Murat. Por un tiempo, permanecerás a salvo en Boca de la Montaña; nadie viaja por estas tierras remotas. Tienes un mes para prepararte para tu viaje. Practica el uso de esas alas que el Señor te dio. Aprende a usarlas de los murciélagos de arriba.»

—¿No quieres quedarte esta noche? —le preguntó Lázaro—. Podrías dormir y estar fresco...

—No, Lázaro, debo irme. Mi Marta me espera. Estarás bien; estoy seguro.

Lázaro bajó la cabeza y los hombros.

Se abrazaron una última vez y Lázaro miró hacia afuera de la cueva mientras Nicolás desaparecía tras la cresta. Regresó al fuego y echó unos cuantos trozos más de leña seca. Se sentó y se calentó mientras reflexionaba sobre los murciélagos y el compromiso : la solemne promesa que había hecho de ir a buscar al fraile. Con la mirada fija en las llamas, finalmente, Lázaro buscó la cruz de oración de madera de Iván, que ahora colgaba de su propio cuello. La sacó y la hizo rodar entre sus dedos de la misma manera que su padre siempre lo había hecho.

Entre las llamas, divisó un escarabajo negro que salía de una grieta en la rama humeante de madera muerta; el insecto se movía con cautela entre las llamas danzantes mientras se escabullía por la rama en llamas. La mirada de Lázaro siguió al insecto mientras saltaba al fresco suelo de

La cueva y se arrastró a una distancia más segura. Se detuvo, extendió sus alas y voló hacia la entrada de la cueva. Con una manta caliente, miembros cansados y el estómago satisfecho, comenzó a cabecear donde estaba sentado. Su cabeza se balanceaba y se sacudía, y repetidamente se dormía y se despertaba bruscamente. Finalmente, dejó el cálido resplandor del fuego y encontró un estrecho hueco en la pared, donde sucumbió al último espacio confiable y familiar que le quedaba: ese mundo de sueños en constante movimiento.

~*~

Durante la mayor parte del día siguiente, Lázaro exploró su nuevo hogar: una oscura catacumba de pasillos tortuosos, superficies irregulares y cavernas interconectadas. El olor y el sonido del agua goteando lo atrajeron, y ascendió por un estrecho pasadizo que serpenteaba por la ladera de la montaña. El pasadizo se ensanchaba en una pequeña caverna cuyo suelo consistía casi en su totalidad en una poza poco profunda alimentada por un techo que goteaba.

Muchas veces a lo largo del día, Lázaro se asomó por la boca de la cueva con los ojos entrecerrados. Con la mirada fija en un paisaje que resplandecía bajo el sol, sintió, incluso a través de sus túnicas, el intenso calor que emanaba del árido valle de piedras. Lázaro trasladó sus provisiones más adentro de la montaña, a través del estrecho pasaje, hasta la gruta de los murciélagos .

Cayó la noche. Lázaro encendió una nueva hoguera dentro de la gruta; su luz iluminó el techo y a sus miles de murciélagos. A medida que la caverna se calentaba y el humo del fuego se elevaba hacia el techo, este cobró vida. Cientos de murciélagos descendieron de sus perchas y sobrevolaron la cueva. Cada vez más llenaban el aire hasta que la caverna se llenó de ellos.

Lázaro soltó una risita. Se puso de pie y extendió los brazos mientras un torbellino de alas lo envolvía. Estas se posaron sobre su túnica y se enroscaron sobre él antes de alzar el vuelo de nuevo. Lázaro se arrancó la capucha, dejando al descubierto una amplia sonrisa. Guardó la máscara en su cinturón de cuerda mientras los murciélagos se arrastraban por su cabello. Lázaro caminó en círculos con los brazos en alto, cubiertos de murciélagos. Sus risitas se convirtieron en carcajadas que resonaron por toda la caverna. En un torbellino de alas revoloteantes, Lázaro bailó un vals por la gruta, riendo histéricamente y tambaleándose como un Odino borracho.

Fuera de la cueva, y sobre las colinas doradas de la provincia oriental de Auvernia, se desarrolló un drama maravilloso, invisible y efímero: de todas las montañas de Francia, la La luna naciente parecía proyectar una sonrisa descendente sobre uno solo: un ser exteriormente extraño

montaña con la boca abierta en una risa histérica mientras eructaba nubes ondulantes de murciélagos que pululaban por su pared rocosa. Sin embargo, los murciélagos pronto despejaron las copas de los árboles y desaparecieron; y la risa que una vez resonó en la montaña se convirtió lentamente en lamentos mezclados de dolor, en terribles gritos de dolor y soledad, en el tormento asfixiante y jadeante. aullidos de lamento ininterrumpido, que se transforman en ruidos espantosos y profundamente perturbadores, hasta el punto de hacer que la luna mire hacia abajo y lllore por la aullante Boca de la Montaña.

[Fin del capítulo 9]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~